

# LETRAS

letrillas

# LETRONES

## PUNTO DE FUGA

### *Mirando con un ojo bien abierto*

Hace dos meses vi el documental *Stanley Kubrick, una vida en imágenes*. Muchos de ustedes habrán visto este documento total de la vida y obra de un artista del siglo XX. Aquellos que no lo han visto *deben* verlo. Narrado por Tom Cruise y con innumerables entrevistas con familiares y amigos, este documental es uno de los mejores hechos a una gran figura del cine —viva o muerta.

Pero no vengo a hablar de esta biografía en cine y en el cine. Quiero hablar del último filme de Kubrick, su obra maestra *Eyes Wide Shut* —título que se puede traducir como “Mirando con los ojos bien cerrados”. Esta película, previo a su estreno mundial en Londres y Nueva York, recibió una publicidad que resultó no un cañonazo sino un tiro por la culata. Los anuncios por todas

partes, ilustrados con vistas de las partes privadas de sus protagonistas, Nicole Kidman y Tom Cruise (casados en la vida como en el filme), parecían prometer una función de porno suave en cada escena, y contaban además con la presencia de otras mujeres más o menos en pelotas —que resultó para muchos un bulo decepcionante. Había, como premio al mirón futuro, una orgía central que se vio en la pantalla, funcionando tan terminal como una antiorgía. O si quieren una orgía metafísica —es decir, un espeso misterio amoroso.

La trama en realidad (o en la irrealidad del cine) trata de una sola pareja: ella es bella y amorosa, una buena madre que es fiel a su marido, un médico con dinero y fama local (si algo puede ser meramente local en Nueva York), pero es también un hombre noble y serio y dedicado por entero al bienestar de sus pacientes y sus parientes —inclusive en *artículo mortis*. Todo le va bien, muy bien a esta pareja ideal hasta que su esposa le hace una confesión íntima, en paños

menores, que se vuelve una revelación mayor. Ella siempre le fue fiel, lo saben los dos. Pero hubo una ocasión en que vio pasar a un bello oficial de marina y por un momento de tentación pensó fugarse con ese desconocido. La fuga pasional (porque ella le cuenta a su marido lo que fue una pasión teórica que duró apenas unos minutos imaginarios) el marido la transforma en una serie de imaginaciones eróticas fabricadas por él mismo, en las que ve a su mujer fornicando indecente como nunca lo había hecho con él mismo en su cama.

No hubo infidelidad, pero la visión se convierte en una pesadilla despierto, recurrente, mientras él transita por la ciudad. Al fin se encuentra voluntariamente en una orgía, que es una misa negra con encapuchados, efectivamente todos vestidos de negro, que le orquestan un juicio final falso. La revelación del *coven* viene de los caballeros cubiertos y mujeres totalmente desnudas excepto por las máscaras ubicuas. Es la madrugada de los falsos magos y el regalo es el sacrificio ofrecido (es en verdad una ofrenda amorosa) por una mujer a la que ha salvado antes en la noche pero que ahora no reconoce en su desnudez —ya que como todos, un detalle freudiano, lleva una máscara dorada. El aquelarre culmina no con los coitos tal vez dramatizados para beneficio del médico mirón sino con una amenaza real. Todo musicalizado con semitonos sombríos cortesía de György Ligeti, el autor de *Le Grand Macabre*.

*Eyes Wide Shut* está basada en una novelita de Arthur Schnitzler titulada *Traumnovelle*. Una posible traducción del título podría ser “Novela sueño”, pero se traduciría mejor si se le llama “La novela del sueño” y, en efecto, la película comienza como un sueño erótico, para terminar siendo una pesadilla imaginada pero recurrente: esos momentos funcionan como una suerte de *flashback* más masoquista que sádico. Esa es la característica mental del protagonista masculino que sufre los ataques imaginados de un adulterio que nunca ocurrió —y toda *Eyes Wide Shut* es más anafrodisiaca que erotizante.

Esa es una posible lectura de la *novella*. Pero hay que recordar que Arthur Schnitzler era, además de médico de la alta sociedad de Viena, un admirador de su contemporáneo también judío Sigmund Freud, al que se adelantó en su tesis de que el erotismo no es más que una enfermedad mental. Curiosa variación del erotista para un vienés que era un médico reconocido y un mujeriego conocido –además de un autor de gran éxito, como lo prueban las diversas versiones de su obra entre musical y misógina que ofrece múltiples variaciones de un tema erótico. Titulada *Reigen*, es más conocida por la orquestación visual que le dio Max Ophüls en su versión de *La ronde*, película francesa –que como todo el cine gálico de entonces jugaba al sí es no es erotizante. En *La ronde* hay un encadenado de juguetes escénicos entonces llamado “cine atrevido”.

Y ahora sigue y prosigue la trama de *La ronde* –que es un tióvivo amoroso en que una prostituta conoce a un soldado que a su vez conoce a una criadita que a su vez conoce a su señor que a su vez conoce a una mujer casada que a su vez conoce al marido que a su vez conoce a una modistilla que a su vez conoce a un poeta que a su vez conoce a una actriz que a su vez conoce a un oficial que conoce a la prostituta que a su vez conoce al soldado que a su vez –, pero es la noche de ronda, noche redonda. El prefijo del amor que une a todos los personajes podría ser la sífilis y una versión actual enlazaría a todos los personajes con el incurable virus del sida. Conocer es en un sentido figurado cohabitar, es decir fornicar. Pero todo en realidad es la lista de Schnitzler. –

– © G. Cabrera Infante 2001

## CARTA DE BARCELONA

### El buzón de los fantasmas

A José Cardoso Pires, a los cincuenta años, le dio por fumar ante el espejo y por preguntar. Y ahora, José.

Fumar ante el espejo, cualquier persona lo sabe, es un ejercicio inteligente, es también saber enfrentarnos con nuestro rostro más cotidiano y más pensado. Yo ahora estoy haciendo lo mismo que Cardoso Pires. Son las doce de la noche y estoy de pie –me han dejado solo en casa, para que piense en este artículo que entregaré el lunes, para que piense a lo largo de este largo fin de semana en el que media España está en la carretera–, estoy de pie y fumo ante el espejo. Y ahora, Enrique.

Como son las doce de la noche, convoco a los fantasmas, me digo que soy un buzón en el que ellos pueden echar sus cartas, sus opiniones del otro mundo (que no me irían mal para este artículo, que se me está volviendo relato sobre la soledad de un fin de semana), leeré o escucharé sus historias de fantasmas si me llegan, intentaré descifrar sus comunicaciones, aunque éstas vengan alteradas. Dejo mi mente completamente abierta y espero las visitas, fumo ante el espejo, junto a la ventana abierta. Fumo y fumo, y nadie se comunica. Y ahora, Enrique.

No deberían haberme dejado tan solo en esta casa en un fin de semana tan largo. Dejan de ser las doce de la noche, pasa la hora de los espíritus, y yo sigo ante el espejo, fumando. Me visita una imagen matinal con espejo, pero sin humo. Me acuerdo de algo que le oí comentar una vez a Jorge Wagensberg. Desde entonces tengo su permiso para ser usuario espontáneo de ese comentario. Es un hecho probado, le oí decir a Wagensberg, que cada día, al volver del sueño a la vigilia, reabrimos la percepción del mundo. Un montón de partículas de materia y luz encuentran de nuevo el camino hasta la conciencia. Y volvemos a ver, a oír, a oler... Inmediatamente después nos disponemos para la higiene matinal con confianza y naturalidad, como si no ocurriera nada. ¿Cómo es posible tanta tranquilidad? El espejo nos devuelve la propia imagen, que no por previsible es menos rara. En verdad si nos fijamos bien es rarísima. El hecho de que la realidad de hoy se parezca tanto a la del día anterior nos

hace olvidar algo fundamental: que la realidad no hay quien la entienda.

Sigo fumando en la noche, ahora sonrío. Es cierto, me digo, la realidad no hay quien la entienda. Sin embargo vivo en un país, España, donde todo el mundo la entiende perfectamente; la realidad siempre ha hecho furor, en literatura el realismo impera, se pasea chulescamente en lo alto de la pirámide. Pero yo siempre he pensado que la realidad no hay quien la entienda y que por eso escribo. La realidad, como la vida –como este fin de semana tan largo–, no tiene sentido, pero en cambio sí lo tiene la literatura, y sospecho ahora que hasta este artículo –que se me ha vuelto relato– acabará por tener sentido, adquirirá –como si lo viera– una íntima coherencia. Escribir es pactar con el sinsentido del mundo. Claudio Magris lo dice de otra forma: “En la literatura habla una voz que nos dice que la vida no tiene sentido, pero su timbre profundo es el eco de ese sentido”. Según esto, sólo en la literatura tiene la vida sentido pleno. Es la gracia precisamente de la literatura, es la gracia de la vida. En ambas cada mañana, ante el espejo, estamos volviendo siempre a comenzar.

Sigo fumando mientras recuerdo el comienzo de “Terror”, un cuento de Nabokov:

A veces me ocurría lo siguiente: después de pasar la primera parte de la noche trabajando en mi escritorio, esa parte en que la noche inicia su penoso ascenso [...] lo que pasaba era lo siguiente: durante el tiempo que había estado absorto en mi trabajo, me había separado de mí mismo, una sensación semejante a la que se experimenta cuando te encuentras con un amigo después de años de separación [...] Así, precisamente, así, me sentía yo, contemplando mi figura en el espejo.

Así de raro me siento yo ahora contemplando mi figura en el espejo de este relato, así de raro. La realidad no hay quien la entienda. Esto me parece tan

evidente que me produce rubor escuchar que la nueva tendencia de la novela española consiste en subordinar la imaginación narrativa —se cita a Javier Cercas o a Muñoz Molina, por ejemplo— a los términos de una realidad documentable. Se habla todo el rato de la creciente promiscuidad de la ficción y no ficción en la más reciente narrativa española. Pero yo *Soldados de Salamina* la veo como ficción pura, no puedo verla de otra manera si, como pienso, se trata de una excelente novela, precisamente porque no es un texto realista nunca, sino un texto literario. ¿De qué hablo cuando hablo de literatura? De invención. La ficción es ficción, decía Nabokov. Calificar un relato de historia verídica es un insulto al arte y la verdad. Todo gran escritor es un gran embaucador. Y ahora, Enrique. Ya se hace tarde, mañana será otro día. Confianza en que la pobre realidad siga siendo la misma. Sospecha de que como siempre los profesores madrileños seguirán entendiéndola. Y ahora, José. Sigue fumando. —

— ENRIQUE VILA-MATAS

## LITERATURA

### Elogio de V.S. Naipaul

Al conceder el Premio Nobel de Literatura para este año, la Academia Sueca ha premiado a una república de un solo hombre. V.S. Naipaul no es nada más que sí mismo: ni inglés, ni trinitario, ni hindú; pero tampoco cristiano, budista o musulmán; menos aún progresista o conservador. En el convoy de las literaturas contemporáneas, el autor de *A Bend in the River* es el viajero con menos equipaje. Nada más afortunado en la hora asombrosa a la que acabamos de despertar, en la que se nos han mezclado los demonios del nacionalismo decimonónico con el furor religioso del siglo XII.

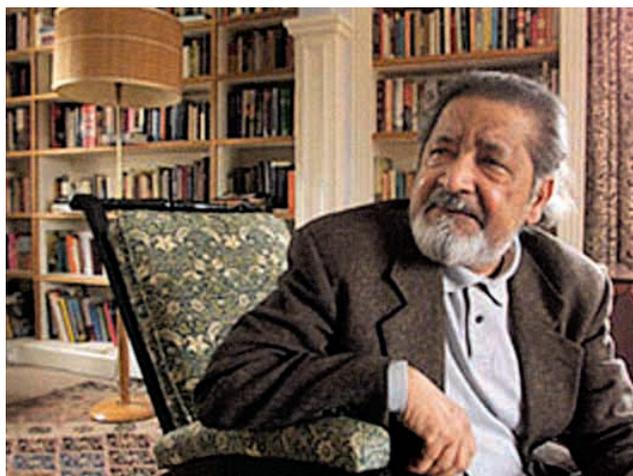
Tienen las cosas que estar verdaderamente muy mal para que el festejo de la obra de Naipaul se haya convertido en una esperanza: un hombre que ha hecho del desarraigo una epistemología, y que al blandirla ha triunfado, es la

prueba más feroz de que, como siglo, el XX fue un fracaso.

Si todo realismo es pesimista, la vasta obra de este autor concede garantía global para la mezquindad: ha escrito sobre todas las experiencias humanas —Oriente, Occidente y lo de en medio: Latinoamérica, por ejemplo— y todo le ha parecido mal. En la era de la corrección política y la celebración de la diversidad, Naipaul ha levantado las cejas con el desdén de los que no tienen nada que perder y ha escrito incesantemente sobre sí mismo, su condición, su familia, su historia, sus viajes.

Hay muchas constantes a lo largo de la obra de Naipaul: una prosa nítida, distinguida y malévola; una desconfianza ante la naturaleza humana que no deja cuartel; la parodia de la feliz medianía aristotélica que, guste o no, todos andamos buscando para vivir en paz. Además siempre hay personajes que se empeñan en hacer una sola cosa sin motivos ulteriores y que por ello son una fuente de irritación infinita para quienes los rodean. Estas criaturas memorables —pienso en Mr. Biswas o en los españoles de *The Loss of El Dorado*— lo son porque han hecho de la obstinación una forma de vida. No ganan —nadie gana en esos libros—, pero se mueren con la satisfacción de que hicieron lo que les dio la gana. Me parece que es en ese tipo de caracteres —entre los muchos con rasgos autobiográficos que los rodean— en los que se vislumbra mejor la idea de Naipaul de la literatura. Como los más insignes novelistas decimonónicos, es un burgués consagrado oficiosamente a patear el pesebre. Tal vez sea por eso que ninguna tradición se salva en sus libros: lo único que ha sido en toda su vida es escritor y eso bastaría para premiarlo.

En cualquier caso, esa fidelidad a la concepción tradicional del oficio de



Naipaul: un premio al pesimismo.

escritor puede explicar por qué, entre la constelación de grandes novelistas que nos va dejando la contemporaneidad, V.S. Naipaul es el único que ha conseguido cabal y constantemente el que tal vez siga siendo el mayor anhelo de cualquier novelista: que al lector le quede al cerrar el libro la satisfacción irracional de haber visitado una comedia humana completa. —

— ÁLVARO ENRIGUE

## POLÍTICA INTERNACIONAL

### Terrorismo viejo y nuevo

Entre las imágenes de las semanas posteriores a los atentados del 11 de septiembre, hubo dos que me afectaron particularmente. En la primera, una mujer anglosajona en evidente estado de conmoción preguntaba: “¿Por qué nos odian tanto?”, refiriéndose implícitamente a los terroristas árabes que al parecer eran responsables del atentado. En la otra, una mujer árabe, madre de uno de los terroristas identificados por el FBI, declaraba sollozando que a su hijo “le habían lavado el cerebro”: no entendía cómo había sido capaz de cometer semejante atrocidad. Las escenas se repitieron una y otra vez —el profesor de Hamburgo, pasmado de que su alumno fuera un terrorista; el testimonio de alguien que estaba en el piso 86 y escapó de milagro— y la preocupación era constante: ¿De dónde sur-

ge tanto odio? ¿Cómo es que un padre, un esposo, un hijo se transforma de pronto en el asesino de miles de personas? Es una pregunta difícil, y la tentación de recurrir a una explicación grandiosa, definir un “antes y después en la historia” para estar a la altura de la magnitud de la tragedia, es enorme. Sin embargo, hay que resistir esa tendencia.

La confusión se incrementa cuando comienzan a hacerse públicos los perfiles de los terroristas. En lugar de los pobres sin nada que perder que dominaban la imaginación del terrorismo suicida en Occidente, los terroristas de Al Qaeda resultan personas educadas, de clase media e incluso alta, perfectamente capacitadas para aprovechar el potencial de movimiento y comunicación de la era global. Además, de acuerdo con el espíritu de los tiempos, tienen objetivos más amplios —no hay un solo enemigo, sino muchos, entre los que sobresalen uno o dos por su importancia real o simbólica— y no formulan reclamos concretos —no son un pueblo que busca su independencia o su derecho a la tierra—, sino que enarbolan una causa en abstracto: el regreso al esplendor del Islam.

Estas diferencias entre los nuevos terroristas y los de las últimas décadas alimentan la sensación de que nos enfrentamos a un cambio sin precedentes, que algunos entusiastas insisten en fechar el 11 de septiembre. Sin embargo, el terrorismo, al igual que el mundo, no cambió esencialmente desde los atentados, aunque quizás sí lo haya hecho nuestra percepción de ambos. En realidad, el giro en el fundamentalismo violento, al igual que el cambio en el sistema internacional, datan de mucho antes. Lo viejo y lo nuevo del terrorismo es, grosso modo, lo que hay de viejo y nuevo en la humanidad.

No es una distinción menor, porque evita caer en uno de los dos extremos del debate: suponer que las ideas explican todo o pretender que las circunstancias por sí mismas son suficientes. El terrorismo, como manifestación extrema de la violencia política, abreva en ambas fuentes. No se puede tener

una causa sin justificación ideológica —no existe el terrorismo sin un sistema de creencias: de otra forma sería mera conducta criminal—, pero esa causa no puede avanzar sin las condiciones propicias, en este caso las libertades y el potencial de la globalización.

El terrorismo fundamentalista contemporáneo no es la excepción. Las raíces de su justificación ideológica son muy antiguas: se remontan al trauma que para la “comunidad de creyentes” significó el haber perdido la supremacía frente a Occidente en el siglo XVII. En esos tiempos, un estudioso del Islam creó una nueva corriente que llamaba a recuperar precisamente la supremacía del mundo musulmán. En ella se apoyan los grupos terroristas islámicos contemporáneos, ajustándola a los tiempos y de paso alejándose de las principales corrientes religiosas del propio Islam.

Así fue como Al Qaeda dejó de ser un grupo de combatientes mal pertrechados en Afganistán para constituir una red organizada con alcance mundial, siguiendo un patrón antiguo en Occidente: preparar la destrucción del orden establecido mientras se goza de las libertades que ofrece. Marx concebía el fin del capitalismo desde Londres, y los primeros anarquistas planeaban la caída de los gobiernos monárquicos en las calles de París. Incluso el modelo de células autónomas es viejo, desarrollado por terroristas completamente ajenos a la tradición islámica. No es ninguna casualidad que el superterrorismo haya prosperado en las democracias liberales y no en los regímenes dictatoriales del Medio Oriente.

El dilema que se le presenta a Occidente es aterrador: las libertades civiles y el desarrollo que ha alcanzado son a la vez las condiciones propicias para que se desarrollen quienes pretenden destruirlo. No es un dilema nuevo, pero requiere de una solución más inteligente: exige dejar de lado las grandes explicaciones para concentrarse en los hechos concretos. La lucha contra el terrorismo no es la lucha contra el fascismo o el comunismo: es la lucha contra una

minoría que, en su infinita arrogancia, pretende imponerle su voluntad a la mayoría. En este sentido, y sólo en este, es una lucha por defender la libertad. —  
— JAIME LÓPEZ-ARANDA TREWARTHA

## VANIDADES

### *Espejito, espejito*

Pocas cosas hay en la vida como la humillación pública. Hasta hace poco, el único recurso que tenía el exhibicionista común era tratar de aparecer en algún programa de televisión que le permitiera hacer gala de su nimiedad intelectual o su desfachatez corporal. Pero el acceso a la televisión es más difícil y exclusivo que conseguir una audiencia con la familia real. Hay que pasar por decenas de filtros y llenar una infinidad de formatos de suscripción, todo para que, finalmente, escojan a alguien con mejor sonrisa. Ahora, gracias al avance vertiginoso de la tecnología, el exhibicionista tiene una salida menos costosa y mucho más directa. La solución es internet, que se ha convertido, desde hace ya varios años, en refugio para cualquier tipo de pecadores y virtuosos.

En octubre del año pasado, dos amigos californianos, ambos recién despedidos tras la crisis de los *punto com*, decidieron crear, en una noche de cerveza, un sitio especialmente diseñado para facilitar la degradación de los cibernautas. El sitio, bautizado como *amibot.com* —*Am I bot?*—, está armado sobre una premisa simple: el usuario envía una foto de sí mismo (aunque se ha sabido de diversos fraudes), llena un formulario biográfico que facilita la deshonra y paga una suma quizá moderada (veinte dólares anuales). Una vez concluido el proceso, el servicio le da al cliente una página en la que puede observar cómo los demás miembros del sitio califican su apariencia. La escala es, predeciblemente, del uno al diez.

Al principio, según confesión de uno de los inventores, el asunto fue pensado “como una broma”. Mala cosa

es catalogar la vanidad humana como material humorístico. Al poco tiempo de fundado, el sitio recibió una avalancha de fotografías de usuarios dispuestos a ser calificados en el amplio mundo del anonimato cibernético. En los primeros dos meses de vida, *amibot* recibió noventa mil fotografías. Más de cuatro mil nuevas imágenes llegaron diariamente. El sitio empezó a registrar más de siete millones de páginas vistas al día.

Las fotografías se dividen en dos simples categorías (aunque no siempre queda tan claro, a juzgar por lo que uno puede

ver): hombres y mujeres. Del inmenso catálogo de *amibot* surgen varios aparadores para el potencial calificador. Quizá el más atractivo es el llamado “Carne fresca”. En esta zona del sitio aparecen los rostros o los cuerpos de los que acaban de registrarse para ser analizados. La mayoría de los aventados jamás podrían —hay que decirlo— ganar un concurso de belleza. Una pelirroja con algunos kilos de más se lleva un 4.5. Un muchacho al que le falta un buen



9.2, la mujer imperfecta.

corte de pelo y le sobra una dosis equivalente de acné es llevado al averno del 3. Nadie se salva.

Sin embargo, no todo es un ejercicio de humillación. En la vitrina llamada “Favoritos” aparecen los rostros bellos, los objetos del deseo de la comunidad, las esbeltas musas o musculosos galanes que ocupan el inalcanzable nicho del 9. Uno puede enviarles mensajes a estas personas, ocupantes del Olimpo de la belleza en internet. Me atreví, en un arrebato, a mandarles unas líneas afectuosas y sensibleras a una rubia neoyorquina; algo así como “me da gusto que exista alguien como tú”. La respuesta cayó, desde las alturas, como un balde de agua fría: “Gracias”, me dijo, “yo le agradezco todos los días a

Dios que haya gente como yo en el mundo”. El sabor del rechazo cibernético es incomparable.

En un intento desesperado por experimentar en carne propia el análisis bajo el microscopio virtual (y darle un toque de profesionalismo a esta nota), decidí crear mi propia página en *amibot*. Escoger la foto por incluir fue una labor titánica. Como no carezco de vanidad, escarbé en mis archivos fotográficos (dos o tres cajas, no más) hasta encontrar la pose correcta, la sonrisa ideal. Di en el clavo cuando me hallé

vestido de esmoquin en una de esas fotos que se toman en las bodas. Me registré en el sitio (previo pago) y llené el formulario. Ahí, tiene uno que escoger de una lista predeterminada de pasatiempos favoritos. Aparecían cosas como “cocinar”, “caminar por la playa”, “hacer mantequilla”, “construir castillos de arena” o “afilarse los cuchillos”. Escogí, entre otras, las dos últimas. Nadie se resiste a un hombre que construye casti-

llos de arena y afila cuchillos, pensé.

Pasaron los días y los resultados llegaron poco a poco. En la primera semana mi promedio, con veinte votos, no rebasó el 4.8. Me atacó una depresión inédita. Tenía el orgullo herido por un tumulto (veinte personas ya son un tropel) de francotiradores anónimos. Pero habrían de venir tiempos mejores. A lo largo de las siguientes dos semanas, empecé a cosechar calificaciones misteriosamente más altas. Ahora puedo decir, con orgullo, que, con más de sesenta votos, tengo en mi haber un honroso promedio de 6.8. Juro que no voté por mí mismo. Si mis bonos decaen, estoy tranquilo. Siempre me queda registrarme en *uglypeople.com*. —

— LEÓN KRAUZE

## POESÍA

### José Gorostiza (1901-1973)

He oído a muchas personas decir que este mes se cumple el centenario de “Muerte sin fin”. Sobran razones para el equívoco. A mí me gusta pensar que el poeta, satisfecho, desapareció tras la tapia de sus propias metáforas cruzadas. La imagen le hubiera gustado. En 1928, desde Londres, le escribe a Carlos Pellicer: “Quédate en Europa hasta febrero del 929, que es hasta cuando estaré yo por aquí. Llegaremos juntos a México, y yo esconderé mi lamentable fracaso dentro de tu atmósfera de gloria. Nadie notará entonces que también he llegado yo, y eso es precisamente lo que quiero, no llegar llegando”. Era un periodo de sequía para José Gorostiza, aunque en Londres florecía la primavera. *Pepe* lo dice mejor que yo en la misma carta: “No leo. No escribo. Londres me tiene completamente apendejado”.

Faltaban once años para la publicación de “Muerte sin fin” y Gorostiza iniciaba apenas la que sería una larga y fructífera carrera diplomática. Pero el poema ya se gestaba. Algunos afirman que se comenzó a escribir justamente alrededor de esas fechas, aunque el propio poeta dijo en una entrevista que su escritura le llevó un año. Pero se gestaba, al menos, con el “arduo cultivo del mundo interior” característico de Gorostiza, quien hacia afuera ofrecía una imagen pausada y silenciosa de sí, pero hacia adentro albergaba una febril maquinaria intelectual.

Producto de ese esfuerzo racional, pero tocado por un soplo delirante que podemos encontrar en todo gran poema, “Muerte sin fin” ha demostrado ser, además de inagotable, un poema agotador. Es decir un poema que vacía, que extrae —para apoyarme en el diccionario— “todo el líquido que hay en una capacidad cualquiera”. Esto en muchos sentidos: la vuelta a las fuentes, clímax del poema, “cuando los seres todos se repliegan/ hacia el sopor primero”,

“cuando la aguda alondra se deslíe/ en el agua del alba”, es una forma del vaciamiento, de una succión centrípeta que desemboca en la nada, donde llora el espíritu de Dios: todo, hasta la misma muerte, se ha agotado. En el clímax habita el climaterio. Por otro lado, “Muerte sin fin” agotó un camino: la alucinante letanía de su cadencia, su densidad conceptual, su prolongado y tenso aliento, su arriesgado asomo a las lindes de la nada y su perfecta arquitectura acabaron con una ruta. Gorostiza escribió un poema que se abre al infinito y que al mismo tiempo es una tapia. Después de él se antoja un haikú, o mejor: una siesta merecida, pues “Muerte sin fin” también es agotador, y sanamente, en un sentido lato. Pero esto ya lo dijo Paz, y me pregunto si no ha sido un error que me haya puesto a pasear, aunque tan brevemente, por las ya muy transitadas callejuelas del poe-

ma. Lo que no debo dejar de decir es que el poeta, que hoy cumpliría cien años, nos ha dejado una música y un entusiasmo inagotables: placer para los sentidos, gimnasia para el cerebro. —  
— JULIO TRUJILLO

## LETRAS LIBRES EN ESPAÑA

### Encuentro en la red

“Esta es la guerra entre dos filosofías de la vida: la filosofía de las democracias imperfectas contra la filosofía del terrorismo totalitario perfecto”. Las palabras de Adam Michnik, dichas en el marco del encuentro “Los fanatismos de la identidad”, con el que se presentó la edición internacional de *Letras Libres* en Madrid el pasado 8 de octubre, fueron el colofón perfecto para cerrar una sesión donde la realidad fue sujeta a un concienzudo escrutinio.

Ante un auditorio abarrotado, hablaron sobre el asunto Mario Vargas Llosa, Hugh Thomas, Tzvetan Todorov, Jon Juaristi, Enrique Krauze y el propio Michnik. Estuvieron sobre la mesa todos los fanatismos que amenazan la práctica de la tolerancia, desde ETA hasta la Al Qaeda de Osama Bin Laden. Las conclusiones a las que llegaron los expositores, tras un animado debate, son dignas de un análisis posterior. ¿Son peligrosas las identidades? ¿Está el nosotros por encima del yo? ¿Cuál es el origen de los movimientos nacionalistas identitarios? ¿Hacia dónde va el mundo después del 11 de septiembre?

La transcripción completa del encuentro, así como biografías, una relación de obras publicadas y notas sobre los ponentes, están a su disposición en el sitio de internet de *Letras Libres* ([www.letraslibres.com](http://www.letraslibres.com)). Lo invitamos a darle un vistazo. —

## PLANTEA EL PROGRAMA NACIONAL HIDRÁULICO 2001-2006 LA PARTICIPACIÓN DE UNA SOCIEDAD MÁS ACTUANTE Y CORRESPONSABLE

El Programa Nacional Hidráulico 2001-2006 con un horizonte de 25 años, se orienta a seis objetivos: fomentar el uso eficiente del agua en la producción agrícola; fomentar la ampliación de la cobertura y calidad de los servicios de agua potable, alcantarillado y saneamiento; lograr el manejo integral y sustentable del agua en cuencas y acuíferos; promover el desarrollo técnico, administrativo y financiero del sector; consolidar la participación de los usuarios y la sociedad organizada en el manejo del agua; y promover la cultura de su buen uso y disminuir los riesgos y atender los efectos por inundaciones y sequías.

### LINEAS ESTRATÉGICAS

#### Alcanzar el uso eficiente del agua en la producción agrícola con:

- El mayor apoyo a los usuarios para incrementar la eficiencia y productividad de las zonas de riego y para lograr el uso y aprovechamiento pleno de la infraestructura.
- La implementación de mecanismos para inducir el cambio tecnológico en los sistemas de riego y así incrementar sus niveles de competitividad en los distintos mercados.
- La incorporación al riego de nuevas superficies, así como el apoyo a la tecnificación de las áreas de temporal, especialmente en la región sur-sureste, en el marco de una programación selectiva de las inversiones en términos de sus beneficios sociales y económicos, otorgando prioridad a la terminación de las obras en proceso y al cumplimiento de los compromisos que concierne Federación con los gobiernos estatales y, sobre todo, con los propios beneficiarios.

#### Propiciar la ampliación de la cobertura y calidad de los servicios de agua potable, alcantarillado y saneamiento, con los siguientes lineamientos estratégicos:

- Fomento al desarrollo de organismos operadores capaces de proporcionar los servicios en forma autosostenible, para lo cual la capacitación de su personal y la participación de la iniciativa privada constituyen elementos importantes en la instrumentación de la estrategia planteada.
- Apoyo a las autoridades locales y estatales para la consolidación de las empresas—públicas, privadas o mixtas— encargadas de proporcionar los servicios, mediante el fomento de una ma-

yor autonomía técnica, administrativa y financiera y la aceptación de la importancia que merecen los aspectos políticos y sociales inherentes a dichos servicios.

La inversión necesaria para abatir los rezagos existentes y satisfacer nuevas demandas tendrá que provenir, crecientemente, del pago por parte de los usuarios de los servicios. Los subsidios federales y estatales que no se justifiquen en términos sociales y económicos tenderán a eliminarse progresivamente.

Por otra parte, se analizarán esquemas que fomenten el pago de derechos por parte de los organismos operadores, promoviendo que estos recursos regresen al mismo sector, con el fin de mejorar su eficiencia y su infraestructura.

• **Propiciar el manejo integrado y sustentable del agua en cuencas y acuíferos, buscando:** Maximizar sustentablemente el nivel de satisfacción de las necesidades de agua mediante de un enfoque basado en el incremento de la oferta a través de obras hidráulicas de gran envergadura a uno que privilegie la reducción de la demanda haciendo un uso más eficiente del agua, recuperando pérdidas físicas y reusando volúmenes.

• Consolidar la administración integral de las aguas superficiales y subterráneas, en cantidad y calidad, en todos los usos y en su manejo unitario por cuencas hidrográficas.

• Incorporar en la planeación, desarrollo y manejo de los recursos hidráulicos, los criterios necesarios para alcanzar los objetivos nacionales de equidad y equidad en el uso del agua, mayor bienestar para todos los mexicanos y preservación del medio ambiente.

• Mejorar la regulación en el uso de las aguas nacionales, diseñando los esquemas apropiados según los cuales se permita un intercambio de los volúmenes hacia los sectores que realicen un uso más eficiente del agua, o en su caso a los sectores que de acuerdo con la prioridad nacional o local se encuentren en primera instancia en la prestación de uso.

• Inducir a la sociedad en su conjunto a reconocer el valor económico del agua.

Fuente:

